



A 50 años del Vaticano II: verdaderas luces y urgentes desafíos

Fifty years of Vatican II: real lights and urgent challenges

Consuelo Velez*

Resumen

El artículo celebra los 50 años del Vaticano II a partir de sus luces y desafíos. Entre los innumerables motivos para celebrar se destaca el cambio de la perspectiva eclesial, de una Iglesia centrada en sí misma a una Iglesia capaz de observar y nombrar las realidades del mundo, abierta a la comprensión de la historia como el lugar de la revelación divina. También hace memoria de otras “luces” conciliares, relativas a la opción por los pobres, al laicado, a la vida religiosa, a la liturgia. Frente a los vientos de la involución que azotan actualmente a la Iglesia, la reflexión indica desafíos que sigan plasmando el espíritu del Vaticano II: la exigencia de la conversión constante, la solidaridad para con los pueblos excluidos, la participación igualitaria de la mujer en la comunidad eclesial, la mayoría del laicado, el diálogo ecuménico e inter-religioso, el diálogo con la “pos-modernidad”, la abertura al desarrollo científico, a la interdisciplinariedad, a la colaboración entre los diferentes estratos sociales y al mundo plural.

Palabras-clave: Iglesia. Vaticano II. Memoria. Desafíos.

Abstract

The article celebrates the 50th anniversary of Vatican II: its achievements and challenges. Among the reasons to celebrate, the article highlights the changes verified within the ecclesial perspective: the turning from a self-centered church to a church able to see and name the realities of the world and open to understand history as the place of divine revelation. The article also presents other contributions of the Council regarding the option for the poor people and other issue such as the laity, the religious life and the liturgy. Facing the winds of involution currently present in the Church, this article shows some challenges actually faced by Vatican II: the requirement of constant conversion, solidarity with the excluded peoples, equal participation of women in the church community, the majority participation of the laity, the ecumenical and interreligious dialogue with the "post-modernity". Finally, the text shows other challenges: the opening to the scientific development, the interdisciplinary vision of the world and the collaboration between different social classes in a pluralistic world.

Keywords: Church. Vatican II. Memory. Challenges.

Artigo publicado no Mutirão (*Minga*) Temático de Revistas Latino-americanas, organizado pela parceria Koinonia/ASETT (Associação Ecumênica de Teólogos/as do Terceiro Mundo ASETT/EATWOT).

* Doctora en Teología (Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, Brasil) y Magíster en Teología (Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá), Fue hasta hace poco directora de la Licenciatura y la Carrera de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. E-mail:

Introducción: Celebrando como en toda familia

Cuando las familias se reúnen en torno a la celebración de las “Bodas de Oro” o 50 años de matrimonio de los padres, todo es gozo y alegría. Aunque es bueno reconocer que no todo fue tan glorioso como se pretende mostrar en ese momento, prima más el deseo de afirmación de la vida, de la posibilidad de haber compartido tantos años, de los logros alcanzados, del legado dejado a las generaciones actuales.

Pues bien, en la familia cristiana, estamos a puertas de la celebración de los 50 años del Concilio Vaticano II y a manera de analogía con el ejemplo anterior, podemos afirmar que hay deseos de celebrar y de recordar ese momento de luz y gracia que se experimentó en la Iglesia Universal. No se puede negar que desde entonces la Iglesia no es la misma. Como lo expresaba el teólogo colombiano Ignacio Madera en un artículo publicado a propósito de los 40 años del Concilio Vaticano II:

El asunto importante para mí, en esta hora del continente, no está en hacer consideraciones acerca de sus logros mayores o menores (...) sino en verificar lo que se ha inaugurado como búsqueda de respuesta al tiempo presente. Por ello he dado el título a esta reflexión ‘una mirada irreversible’ (...) las anclas han sido elevadas; no importa si en el mar todavía existen corrientes resistentes o remolinos peligrosos. Ella sigue en marcha. (MADERA, 2003, p. 461).

En efecto, la Iglesia no es la misma y no puede seguir siéndolo porque los “signos de los tiempos” tan valorados por el Vaticano II (GS 4) siguen interpelando la vida cristiana con la misma o mayor fuerza que antes y exigen una respuesta más rápida y efectiva.

1 Motivos para celebrar

Pero, ¿qué podemos celebrar a 50 años de ese acontecimiento eclesial? Una mirada global nos permite “hacer memoria” – tan importante para no perder la identidad ni el camino que tenemos por delante- de muchos hechos positivos que trajo la celebración del Concilio.

Comenzamos señalando una realidad fundamental: el Vaticano II nos situó en un “nuevo paradigma eclesial y teológico”. Y como todo nuevo paradigma trajo la necesidad

de moverse, cambiar, situarse de otra manera. Trajo también el miedo, la incapacidad de dejar lo conocido para probar lo distinto y, sin duda, la perplejidad, el asombro, los excesos, la incontrolable pasión de lanzarse a lo nuevo sin medir los riesgos ni asumir las consecuencias. Pero el cambio se dio y las personas que vivieron ese acontecimiento son testigos de que “en su tiempo” la Iglesia tenía otra manera de ser y presentarse ante el mundo.

El Vaticano II hizo cambiar la mirada eclesial. De una Iglesia preocupada por definirse a sí misma y afirmar su ser y esencia, se pasó a una Iglesia capaz de mirar al mundo y preguntarse por sus desafíos. Una Iglesia capaz de valorar la actividad humana (GS cap. 3), respetar su autonomía y valorar sus logros. Una Iglesia capaz de dar nombre a las realidades del mundo y comprender que sólo desde ellas podría realizar su tarea evangelizadora. La economía, la política, la educación, lo social, los problemas humanos, entre otras realidades, comenzaron a ser objeto de reflexión mediante diferentes mediaciones sin las cuales el Reino de Dios no podría visibilizarse y concretarse.

La centralidad de la historia y el considerarla como lugar de revelación divina “en hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí” (DV 2) cambió el horizonte epistemológico de la teología y la pastoral. No se podía seguir apelando solamente a la autoridad como garante de la verdad. Fue necesario aceptar con decisión y coraje una visión encarnada de la revelación necesitada de mediaciones para hablar con sentido de las realidades divinas. Por eso una teología histórica y una pastoral que parte del “ver” la realidad fueron consecuencias lógicas de tal cambio epistemológico.

La consideración de la Iglesia como “misterio” (LG cap. 1) y todo el Pueblo de Dios como primer depositario (LG cap. 2) de este misterio, permitió soñar con un modelo de Iglesia-comunión con diferentes ministerios y carismas, ejercidos todos ellos para edificación de la comunidad. Desde allí se generaron muchos cambios y renovaciones en la vida eclesial. La toma de conciencia del protagonismo y misión evangelizadora del laicado no se hizo esperar. No faltaron verdaderas tareas eclesiales ejercidas con propiedad y responsabilidad por los laicos/as. Se sintió la necesidad de formación, y la teología dejó de ser exclusiva del ministerio ordenado. La dinamización de comunidades eclesiales y una participación activa en la liturgia fueron señales claras de una Iglesia más parecida a la de los orígenes, con más vigor y fuerza que la que se había tenido en los años precedentes.

La vida religiosa sufrió una rápida transformación. Hubo un deseo sincero de “volver a los orígenes” y se intentó recuperar la frescura, sencillez y compromiso con los más pobres, a ejemplo de la Iglesia de Jesús formada por los excluidos de la sociedad, perseguida y peligrosamente cuestionadora del judaísmo de esa época. Aunque esa renovación supuso divisiones internas y radicalización de posturas, no se puede negar que imprimió profecía y testimonio, y las muchas deserciones que se dieron no pudieron opacar ese momento particularmente renovador e inspirador.

El compromiso con la realidad humana no supuso una mirada en una sola dirección. Por el contrario, la justa autonomía de las realidades terrestres abrió el camino para una fecundación recíproca que continúa siendo un desafío hasta hoy. No podía ser de otra manera al proclamar la autonomía de la conciencia rectamente formada, el respeto por sus libres decisiones y la urgente necesidad de proclamar los derechos humanos de manera que se garantizara la dignidad de toda persona (GS 41). Menos aun al reconocer que para la solución de los problemas humanos el aporte de las ciencias es imprescindible, ya que ellas también contribuyen a la construcción de los valores sublimes “de la verdad, bondad, belleza y juicios de valor universal” (GS 57). En ese sentido se legitimó la autonomía de la cultura, de las ciencias y de sus propios métodos (GS 59). Y en el campo intraeclesial, el Concilio reconoció la autonomía de los métodos teológicos, la necesidad de enriquecer la teología con el aporte de las ciencias humanas y sociales, la justa libertad de investigación, la libertad de pensar y de expresar los logros de los desarrollos teológicos. Más aún invitó a los laicos/as a tener una formación adecuada para que contribuyeran con sus respuestas a los desafíos del momento presente (GS 62). En lo que respecta al compromiso político, el Vaticano II afirmó la legítima diversidad y pluralidad de opciones políticas y promovió su aceptación y tolerancia, buscando que se garantizara el bien común (GS 75). (Cf. PARRA, 2003, p. 480-481).

Es particularmente importante la referencia a la liturgia porque, “como cara pública de la Iglesia” (ALBARRACÍN, 2003, p. 514), fue la que más consiguió y expresó los cambios propiciados por el Vaticano II. No sin dificultades¹ pero sí con bastantes logros

¹ Símbolo de esa resistencia es la Fraternidad Sacerdotal Pío X, fundada por Monseñor Lefevre, quien no aceptó los cambios propuestos por el Vaticano II, incluido lo referido a la liturgia. El 21 de enero de 2009 Benedicto XVI levantó la excomunión contra los tres obispos de esa Fraternidad ordenados por Lefevre y permitió la celebración de la misa en latín cuando los fieles laicos así lo soliciten.

que hoy todavía se pueden constatar y celebrar. De hecho en el primer número de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* se expresan los propósitos del Concilio afirmando que en el deseo de “acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana, adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las instituciones que están sujetas a cambio, promover todo aquello que pueda contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo y fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia, (la Iglesia) juzga que le corresponde de un modo particular proveer a la reforma y al fomento de la liturgia”. Y en efecto así fue. Se marcó la centralidad cristológica de la liturgia (5), la importancia de la formación y la participación activa de los sacerdotes y fieles en ella (14-19), adaptación de la liturgia a la mentalidad y tradiciones de los pueblos (37-40), la importancia del signo y la necesidad de simplificarlo para que fuera entendible con facilidad (7.50) y permitiera que el pueblo de Dios realmente participara de la vida eclesial mediante su vivencia y expresión en la liturgia.

Pero fue la centralidad de los pobres señalada en el Vaticano II (LG 8,38,41; AG 5,12; PO 6; GS 1,63,66,69,88,90; PC 13) la que impulsó de manera decisiva el caminar de la Iglesia latinoamericana y caribeña manifestado en las Conferencias Episcopales celebradas en el Continente, especialmente Medellín y Puebla, conferencias proféticas y comprometidas con la realidad socioeconómica que mantiene a las mayorías en situación de pobreza y marginación, hoy vivida con más dramatismo como exclusión de las condiciones mínimas, necesarias para vivir. Es de anotar que este impulso fue respaldado en la última Conferencia, la de Aparecida celebrada en 2007, donde se afirmó que “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica” (392).

Muchos otros aspectos positivos podríamos enumerar aquí para celebrar el paso del Espíritu por la vida de la Iglesia, porque el Vaticano II fue un nuevo Pentecostés –así algunos pretendan ignorarlo o rebajar su importancia-, Pentecostés que generó ilusiones y esperanzas, realizaciones y avances pero que también encontró resistencias y críticas, y no faltaron los que afirmaron y tal vez todavía hoy afirman, que ese acontecimiento no fue presencia del Espíritu, sino como algunos en el primer Pentecostés al oírlos hablar en sus propias lenguas: “algunos se maravillaban pero otros burlándose decían: están borrachos” (Hch 2,8-13).

2 Urgentes desafíos

La constante tentación en la vida personal y eclesial es pretender llegar a las realizaciones definitivas. Todo avance parece que nos permite “tocar el cielo con las manos” y surge la misma tentación de los apóstoles en la experiencia de la transfiguración del Señor: “¡Qué bueno que estemos aquí! Hagamos tres tiendas” (Lc 9,33). Pero la vida continúa y el dinamismo humano no se detiene. Menos, cuando han pasado 50 años y nos encontramos en un “cambio de época” como señaló la Conferencia de Aparecida (44). Por eso conviene preguntarse cómo celebrar de la mejor manera estos 50 años del Vaticano II. Y la respuesta más adecuada ha de ser: continuar caminando hacia adelante. Eso quiere decir: continuar abiertos a la presencia del “espíritu” –ese mismo que ha acompañado el caminar eclesial a lo largo de la historia y se ha manifestado claramente en momentos privilegiados como el Vaticano II- para responder hoy a los desafíos presentes. Porque la historia no se detuvo con los cambios vividos en estos 50 años. Los desafíos continúan, nuevos y sorprendentes, extraños e imprevisibles, pero urgentes y necesitados de respuestas adecuadas desde la experiencia de fe.

En efecto, hoy son evidentes realidades que hace 50 años apenas se vislumbraban o que no éramos capaces de reconocer. La cuestión de la mujer con sus desenvolvimientos entre la reflexión feminista y el uso de la categoría de análisis “género”, el reconocimiento mucho más efectivo de la multiculturalidad y multietnicidad aportada por los pueblos indígenas y afroamericanos en la mayoría de los países, la preocupación ecológica, el resquebrajamiento de los grandes relatos, la vuelta al sujeto, el valor de lo particular y cotidiano, el diálogo interreligioso... entre otras situaciones que podríamos nombrar, son los signos de los tiempos que hoy es urgente interpretar y a los que hemos de responder para mantener vivos esos aires nuevos surgidos del Vaticano II.

Ahora bien, la tarea no se vislumbra fácil. Vientos de involución se levantan por doquier. Y toman fuerza y hasta nos hacen creer que nos equivocamos. No es de extrañar que la tentación continuamente golpee nuestra puerta valorando tal vez excesivamente aquellas experiencias que tienen aceptación, despiertan seguidores, son apoyadas por la mayoría. Todo eso puede ser un peligro efectivo. Hace falta mucho valor, como tuvo Jesús

en el desierto (Lc 4,1-13) para rechazar lo que bajo capa de “más éxito” sustenta una involución eclesial.

En este espíritu de lo pequeño pero no por eso menos audaz, de lo frágil pero no por eso menos valiente, de lo complejo pero no por eso menos eficaz, podemos señalar algunos caminos por donde la tarea eclesial podría seguir plasmando el espíritu del Vaticano II:

a) **El camino de la conversión constante.** De nada valdría hacer memoria de las luces traídas por el Vaticano II si en el hoy de nuestra historia no se reconoce la urgencia de mantener una actitud de conversión. Si el Vaticano II fue capaz de mirar el mundo para responder a los “gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias del ser humano en ese presente” (GS 1), hoy sigue siendo necesario mirarlo para descubrir la actual situación. Quien mira es capaz de abrirse a la conversión. Pero mirar sin temor y sin la seguridad de quien se cree con todo resuelto. Es don del Espíritu mirar con ojos dispuestos a dejarse impactar, interpelar, convertir. Esa actitud haría mucho bien a la Iglesia hoy.

b) **El camino de los excluidos del Continente.** La situación de pobreza estructural que golpea al Continente y que se está extendiendo al llamado “Primer Mundo” ha de ser un camino que no puede abandonar la Iglesia actual si quiere permanecer fiel a la utopía del Reino. Tiene que liberarse definitivamente de las ataduras de la falta de profetismo frente al sistema económico imperante que provoca y mantiene en la exclusión a millares de hermanos y acompañar otros caminos que garanticen la vida de los más pobres. El reino no es un sistema económico, pero no puede ser ajeno a todo aquello que promueva la liberación integral de los pueblos.

c) **El camino de la igualdad fundamental dentro de una diversidad funcional.** En sociedades acostumbradas a la estratificación social, a la subordinación de unos frente a otros por motivos de género, raciales, económicos o culturales, la Iglesia ha de identificarse más como una Iglesia-comunión en la que la dignidad de todos sea un hecho y la diferencia se viva solamente como colaboración efectiva con el bien común: “Pero ustedes no se dejen llamar Rabí, porque uno es su Maestro y todos ustedes son hermanos” (Mt 23,8). Una Iglesia sacramento de la comunión, de la diversidad de miembros en el reconocimiento de la unidad e igualdad fundamental es una respuesta eficaz a la urgencia de un mundo inclusivo “donde quepan todos y todas”. Especialmente, la participación plena de las mujeres en la comunidad eclesial exige una respuesta rápida y contundente, si no se quiere

traicionar el “discipulado de iguales” vivido en los orígenes del cristianismo. (Cfr. SCHÜSSLER FIORENZA, 1989).

d) **El camino de un laicado formado, comprometido y consciente del discipulado-misionero que está llamado a vivir.** En muchos ambientes se está hablando del siglo del laicado y de su responsabilidad histórica en cambiar definitivamente el rostro de la Iglesia piramidal que ha marcado la experiencia cristiana, por el rostro de una Iglesia-comunión a imagen de la Trinidad. Estamos en mora de un laicado que ejerza su mayoría de edad, que sepa llevar responsablemente la misión evangelizadora de la Iglesia y, todo esto, no por una usurpación de la misión del ministerio ordenado, sino por una responsabilidad histórica de vivir la vocación cristiana como seguimiento y la misión evangelizadora como respuesta efectiva a ese llamado.

e) **El camino del diálogo ecuménico e interreligioso.** El Vaticano II reconoció la urgencia del diálogo ecuménico porque no es posible que el seguimiento cristiano muestre un abismo tan grande entre quienes deberían ser hermanos y compañeros de camino. Más aún cuando la hegemonía católica se ve debilitada por la existencia real y mucho más fuerte de otras tradiciones, y no sólo cristianas sino de las otras religiones del mundo. Todas ellas van ganando ciudadanía y representatividad en un Continente que se reconocía católico y que hoy se erige como multireligioso. Hay grandes pasos a nivel de praxis y de colaboración en aspectos que tocan al bien común. Pero falta ese diálogo profundo en cuestiones de fe que reconozca la diversidad y riqueza de las “semillas del Verbo” presentes en las diversas confesiones religiosas.

f) **El camino del diálogo intercultural y la valoración de las diversas tradiciones culturales.** Si las constituciones de los países van reconociendo la pluriculturalidad con sus efectos civiles y legales, hoy no puede ser menos la Iglesia si quiere llegar a todos y todas. Históricamente la Iglesia se ha configurado en un solo modelo cultural que ofreció la posibilidad de vehicular el mensaje e impulsar su expansión geográfica. Pero esas luces no son las mismas en este tiempo. La riqueza cultural que se está valorando hoy y la recuperación de las propias identidades y tradiciones exige una Iglesia con rostros diversos, con liturgias que incorporen los lenguajes, con la riqueza cultural que encierran, de todos los pueblos. Esa es una deuda que aún está vigente y supone grandes esfuerzos. Pero es el

camino para garantizar la vigencia de una fe que en el mandato misionero de Jesús está pensada para llegar “hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8).

g) **El camino de la llamada “postmodernidad”**. Puede resultar ambiguo proponer que la Iglesia ha de caminar por los senderos de la posmodernidad cuando ésta ha relativizado los grandes relatos y ha iniciado búsquedas espirituales que poco se tocan con la experiencia eclesial vigente. Sin embargo otros aspectos tales como la recuperación del sujeto, la armonía con el cosmos, la valoración de lo cotidiano, del cuerpo, de los sentimientos, de la narrativa, de la sexualidad e inclusive la búsqueda de interioridad, espiritualidad y crecimiento interior, entre otros aspectos, son caminos que la experiencia eclesial puede y debe recorrer si quiere ser reconocida por los hombres y las mujeres de hoy. No se concibe ya una religión sin una antropología que valore a todo el ser humano y tenga en cuenta sus diferentes dimensiones, acogiéndolas positivamente sin considerarlas negativas de antemano, sino necesarias para constituir la experiencia religiosa de una manera mucho más integral e integradora.

h) **El camino de desarrollo científico, de la interdisciplinariedad, de la colaboración entre todos los estamentos sociales**. En este aspecto la Iglesia ha de dar un gran paso para ser capaz de situarse en el mundo plural y renunciar definitivamente a usurpar el poder civil del que ha gozado en tantos contextos. Es evangélico entender que se vive en un paradigma pluralista donde es indispensable buscar los mínimos éticos que permitan garantizar la vida de todos y todas en cada sociedad determinada. Eso no la priva “de formar cristianamente a sus fieles por ella misma, sin el recurso al poder civil”. (ALEGRE *et alii*, 2008, p. 21).

i) **El camino del evangelio de Jesús**. Parecería una contradicción proponer seguir el camino de Jesús cuando todos los ítems anteriores han tenido esta misma intención. Pero a lo que nos referimos aquí es a recuperar la frescura del Evangelio, la audacia del mandato misionero, la profecía de los primeros seguidores y la capacidad de impregnar de Reino de Dios las estructuras humanas. No por la fuerza del poder y la imposición, que nada tiene que ver con el Evangelio de Jesucristo, sino a la manera de la semilla que crece sin que lo notemos (Mc 4,27) o la levadura que fermenta toda la masa (Mt 13,33).

A modo de conclusión

No son tiempos de pensar que el Vaticano II se ocupó más de la Iglesia que de Dios – como lo llegó a expresar el Cardenal Walter KASPER (1989, p. 414) – como o que la teología de la liberación se ocupó más de los pobres que de Cristo (cf. BOFF, 2007). Personalmente pienso que siempre se pueden precisar afirmaciones o descubrir aspectos que en otro momento no se tuvieron en cuenta. Pero me parece mejor pensar que los logros de cada momento son enriquecidos con las visiones nuevas, y lo importante es continuar el camino. Y ésta es la exigencia de una celebración: mirar al pasado pero para tomar más impulso hacia el futuro. Y las luces del Vaticano II, por mucho que desde una visión crítica puedan tener ambigüedades o algunas estén tan lejos de haber sido puestas en marcha, pueden animarnos y comprometernos a seguir respondiendo a los desafíos presentes.

Precisamente mirando al Jesús de los evangelios y conscientes del discipulado-misionero al que estamos llamados, es hora de impulsar una Iglesia verdaderamente profética, no sólo para denunciar las estructuras del mundo sino también para denunciarse a sí misma. Es la única manera de mantener la vitalidad, vigencia y pertinencia de una Iglesia que no existe para sí misma sino para hacer presente el Reino de Dios en la realidad histórica.

La comunidad eclesial que surge de la experiencia del Dios de Jesús exige “echar el vino nuevo en odres nuevos” (Lc 5,38). Esto no significa una ruptura. Me refiero a ser capaces de situarnos en este cambio de época y atrevernos a transitar caminos que nunca antes habíamos recorrido. Cultivar la “experiencia de fe” y estrenar todos los lenguajes posibles: la significación lingüística a la que de ninguna manera hemos de renunciar, pero también la palabra simbólica, corporal, artística, relacional, ecológica, erótica, entre otras, para seguir empujando la vivencia de una comunidad eclesial inclusiva, profética, evangélica, solidaria, evangelizada y evangelizadora.

No sabemos si necesitamos un Vaticano III. Con seguridad que sí. Pero sobretodo constamos que urge una Iglesia fiel y audaz. Fiel a la experiencia más genuina del Evangelio y audaz para responder a los desafíos presentes.

REFERÊNCIAS

ALEGRE, Xavier; GIMÉNEZ, Josep; GONZÉLEZ FAUS, José Ignacio; RAMBLA, Josep M. ¿Qué pasa en la Iglesia? **Cuadernos Cristianisme i Justícia**, Barcelona, n. 153, mar. 2008. Disponible en: <<http://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/es153.pdf>>. Consultado en: 25 mar. 2010.

ALBARRACÍN, Tadeo. Perspectivas de la reforma litúrgica. **Theologica Xaveriana: Vaticano II una visión prospectiva**, Bogotá, v. 53/4, n. 148, p. 513-521, oct/dic 2003.

BOFF, Clodovis. **Teología de la liberación y vuelta al fundamento**, agosto 2007. Disponible en: <<http://sicsal.net/reflexiones/ClodovisBoffTL.html>>. Consultado en: 25 de oct. 2010.

CONSELHO EPISCOPAL LATINO-AMERICANO. **Documento de Aparecida**. Texto conclusivo da V Conferência Geral do Episcopado Latino-Americano e do Caribe (13-31 maio de 2007). 7.ed. São Paulo: Paulinas; 2008.

CONSELHO EPISCOPAL LATINO-AMERICANO. **Documentos do Celam: Conclusões das Conferências do Rio de Janeiro, Medellín, Puebla e Santo Domingo**. São Paulo: Paulus, 2004.

VATICANO II. **Documentos do Concílio Ecumênico Vaticano II (1982-1965)**. São Paulo: Paulus, 1997.

KASPER, Walter . **Teología e Iglesia**. Barcelona: Herder, 1989.

MADERA, Ignacio. Una mirada irreversible. **Theologica Xaveriana: Vaticano II una visión prospectiva**, Bogotá, v. 53/4, n. 148, p. 459-472, oct/dic 2003.

PARRA, Alberto. *Gaudium et Spes* y el Concilio de la modernidad: Memoria y prospección. **Theologica Xaveriana: Vaticano II una visión prospectiva**, Bogotá, v. 53/4, n. 148, p. 473-488, oct/dic 2003.

SCHÜSSLER FIORENZA, Elisabeth. **En memoria de ella: Una reconstrucción teológico-feminista en los orígenes del cristianismo**. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1989.